

Ana Gallego Cuiñas. *Otros. Ricardo Piglia y la literatura mundial*. Madrid / Frankfurt/M: Iberoamericana / Vervuert (Ediciones de Iberoamericana, 111) 2019. 210 páginas.

En la página final del último tomo de *Los diarios de Emilio Renzi, Un día en la vida*, Ricardo Piglia narra, tal vez, uno de sus últimos. Y dice: “siempre quise ser sólo el hombre que escribe” (p. 294). Alguien que escribe, escribe siempre con otros, rodeado de lecturas, de contemporáneos, de amores y odios ¿Qué pasaría al poner el énfasis en esos otros? Es esa la tarea que acomete Ana Gallego Cuiñas, estudiosa de la obra de este autor. Así lo aclara y declara: “este libro propone la titánica tarea de leer el uso pigliano de la literatura mundial” (p. 18).

La académica despliega en este volumen todas sus dotes: el conocimiento de campo, la lectura atenta y, sobre todo, el riesgo de la hipótesis, que en este caso sería la *operación Piglia* ejecutada durante toda su trayectoria: “Deslatinoamericanizar la literatura argentina para cambiar el régimen de legibilidad –horizontal– y la temporalidad –centrípeta y diacrónica– que impuso el *boom*, por uno vertical, centrífugo y sincrónico” (p. 22). La apuesta es fuerte porque en ella va una reflexión sobre una obra que Gallego Cuiñas lee a contrapelo de las nociones contemporáneas de la “literatura mundial” privilegiando un “modo Piglia”, cercano al marxismo, donde la literatura es ante todo traducción, y siempre se lee fuera de lugar, porque, como dice Piglia, citado por la autora: “La identidad de una cultura se define por el modo que usa la tradición extranjera” (p. 26).

A partir del desarrollo de esa hipótesis, el valor de este libro es múltiple. Por un lado, los lectores de Piglia asistimos a un recorrido selecto, pero al mismo tiempo detallado por su literatura y su pensamiento, para entender desde qué lugares lee un escritor fundamental para la literatura argentina del siglo xx. Gallego Cuiñas acierta al identificar las tres vetas centrales de los anteojos piglianos: el formalismo, la vanguardia, el psicoanálisis (p. 35). La introducción, “Ricardo Piglia y la literatura mundial”, condensa –palabra pigliana por excelencia– los dispositivos de poética y estética del autor argentino, sabiamente relevados. Gallego Cuiñas demuestra además aquí su manejo de la gran cantidad de fuentes críticas que se han ocupado de la obra de Piglia, reconociéndolas, pero privilegiando una lectura más bien immanentista de textos que sorprenden gratamente en su selección, al ocuparse de cuentos poco estudiados y la última parte de su obra de ficción y acudiendo menos al andamiaje de sus primeras ficciones y libros de crítica y ensayo.

El grueso del volumen (ocho breve capítulos) se dispone entonces a partir de un sistema de entradas y salidas a las relaciones entre Piglia y sus otros, los escritores. De Hemingway el escritor argentino adoptaría, sobre todo en sus primeros cuentos, la obsesión por la prosa límpida y el gusto por lo marginal –cárceles, matices, homosexualidad, prostitución– y también (habría que agregar) su poética “iceberg” del cuento. Para el nexo con Fitzgerald, Gallego Cuiñas hace un excelente recorrido por las mutaciones del cuento “Tierna es la noche”, obvia referencia a *Tender is the Night*, enfatizando también

la centralidad del personaje femenino en su ausencia. Para el turno de Dostoyevski, la académica enfoca en un temprano y breve relato, poco frecuentado por la crítica, “Mi amigo”. Hace un puente Dostoyevski-Arlt y habla de la importancia del complot para la literatura pigliesca. Para hablar de la relación entre el “coso ése” Henry James (Onetti *dixit* en la legendaria anécdota del encuentro con Emir Rodríguez Monegal y Borges) y Piglia, la autora de *Otros. Ricardo Piglia y la literatura mundial* trabaja, precisamente, ese triángulo para descubrir los mecanismos de narración y lectura y los sofisticados manejos del punto de vista. Cuando llegamos al puente Piglia-Capote, lo que le interesa señalar a Gallego Cuiñas es la relación con la falsificación y el dinero; aquí lo hace leyendo el relato “El joyero” y *Plata quemada* vía Arlt-Walsh. La siguiente conexión establecida es con Cesare Pavese; “Un pez en hielo” es un cuento que tiene al escritor italiano y a sus diarios como núcleo narrativo. La investigación, el policial, el ver/narrar paranoico, la mujer ausente son los elementos –recurrentes en las ficciones piglianas– que Gallego Cuiñas pone a funcionar para determinar que este cuento de Piglia es “un canto a la soledad que, recurriendo a la ficción, la crítica, el diario y las cartas, nos fija esta imagen inmóvil en la retina” (p. 105). En el siguiente apartado, “Memoria y ciudad: Piglia y Calvino”, la crítica repara en el texto de apertura de *El último lector*, “El fotógrafo de Flores”, para indicar que, aunque Piglia solo cite explícitamente de Calvino las famosas *Seis propuestas para el próximo milenio* –y, habría que agregar, hasta las imite con su breve *Tres propuestas para el próximo milenio* (y cinco

dificultades) del 2001– sus ficciones están en constante diálogo con lo que Gallego Cuiñas denomina la “poética urbana” de ambos autores. La idea de la marginalidad, del lugar desplazado (y la tradición es un lugar) queda claro al adoptar la idea de la ciudad como forma y como símbolo de la modernidad. La ciudad sería para Piglia una “máquina de recordar” y esto lo liga a las reflexiones de Calvino sobre tradición oral, memoria y experiencia vital. El siguiente puente construido –inesperado para quien esto escribe– es el que conecta a Piglia con la novela del japonés Osamu Dazai, *El sol que declina* (1947). Aquí el enfoque está puesto en la novela de Piglia *Blanco nocturno* (2010) y Gallego Cuiñas relaciona ambos textos a partir de la predilección de sus autores por las formas breves y los rasgos/rastros autobiográficos de la ficción. Se identifica una serie literaria García Márquez-Onetti-Borges-Arlt, se inserta a Dazai y esto sería “una prueba del ensanchamiento del uso irreverente que hace Piglia de la literatura latinoamericana/mundial” (p. 126). Para el último capítulo de diálogo entre el escritor argentino y sus referentes, Gallego Cuiñas centra su atención en la novela de campus pigliana, *El camino de Ida* (2013), un “policial académico” (p. 132) que constituye su última obra de ficción. Según la crítica, Piglia elige estos géneros –policial, campus– para trabajar el decir político y el lugar de la academia en la sociedad de nuestros días. Acto seguido, se reflexiona sobre la ubicación y función del personaje femenino en la obra pigliana. Lo otro, lo raro de las primeras ficciones de Piglia se transforma en esta novela en protagonistas –Ida Brown, Nina Andropova– que tienen un estatus

distinto: son agentes de fuerza. Ida es la víctima, pero también es la que, a través de su estudio y las notas que deja sobre la obra de Joseph Conrad, marca, precisamente, el camino. Andropova, especialista en Tolstoi, es “la experta en literatura rusa” que “es capaz de desentrañar las problemáticas norteamericanas y encontrar un sentido” (p. 141).

Otros. Ricardo Piglia y la literatura mundial cierra con dos capítulos significativos. “Postpiglia, Renzi y los otros” hace una primera entrada a la inmensidad de *Los diarios de Emilio Renzi*. Gallego Cuiñas subraya lo que Piglia difunde, es decir, la idea del diario como laboratorio para el pensamiento del escritor, registro de lectura y “taller de (re)escritura” (p. 152) pero también hace hincapié en la “autoconstrucción” de la figura de autor de Piglia y sus estrategias de “autolegitimación” a la luz de Benjamin. Hay mucho más para decir de estos diarios –la parte vital, de la que la académica no se ocupa, por ejemplo, y que merece su propio volumen– pero el énfasis de este apartado, como el de todo el libro, es en “la relación con sus pares” (p. 163). Por otra parte, y de manera casi sorprendente, aparece una entrevista del 2007. Allí, las preguntas de Gallego Cuiñas, conocedora de la persona y de la obra, son casi modestas, un “pase” futbolístico para que Piglia se explaye, se expanda sobre su proceso de escritura, sus lecturas, su afición por el cine. Es una entrevista, amena, distinta, íntima. La conclusión de Gallego Cuiñas, a través de una visión metafórica del ajedrez, trabaja con esa invención del *alter ego* de Piglia, Emilio Renzi, para condensar en él a todos los autores con los que ha trabajado su libro. “Para nosotros, Piglia

es un ajedrecista del *otro*” (p. 186), declara Gallego Cuiñas.

No es casual –ni tampoco común en la crítica literaria– encontrar un “ajuste de cuentas” en la coda final de este volumen, donde Gallego Cuiñas declara: “Termino este libro y tengo la sensación de que no he hecho otra cosa que hablar en Piglia sobre Piglia” (p. 187). En el 2009 y 2010 elaboré una nota en dos partes para una publicación estadounidense donde relevé diez libros sobre Ricardo Piglia publicados en los años 90 y 2000. La llamé “Planeta Piglia”, consciente del influjo del discurso del autor para leer su propia obra. Allí recordaba que, en *El último lector*, Piglia afirma: “El lector avanza a ciegas para reconstruir un sentido perdido y lee siempre en el texto los indicios de su propio destino” (p. 188). ¿Qué haremos nosotros, los lectores de Piglia, con esta frase?, me preguntaba entonces. Volver a él, para decir de otra manera sería una posible respuesta. Regreso entonces a *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)* y me encuentro con esta declaración: “Tal vez los estudios literarios, la práctica discreta y casi invisible de la enseñanza de la lengua y de la lectura de textos pueda servir de alternativa y de espacio de confrontación en medio de esta selva oscura. Un claro en el bosque” (p. 40). Ana Gallego Cuiñas, docente, crítica, escritora, pigliana y pigliesca, ha demostrado con este libro brillante que la crítica literaria puede –y debe– seguir produciendo esos claros en el bosque. Para que veamos, leamos y entendamos mejor.

PABLO BRESCIA
(UNIVERSITY OF SOUTH FLORIDA)